



Fragmentos (inconclusos) sobre *lectura, alteridad y novela*

Alex Silgado Ramos

Profesor Universidad del Tolima, IDEAD

Momento

*Pero ¿De veras, de veras son ustedes tan crédulos
que creen que les voy a permitir que lean todo cuanto
escribí?*

El hombre del subsuelo
Dostoievski

La única luz que entra por la ventana son los rayos plateados de la luna. Luna plena, llena, argéntea, redonda, infinita, que se adentra en mi estudio. Y yo, sentado en medio de la penumbra, sólo interrumpida por una tenue luz. Y en mis manos, un libro; una viejísima novela que adquirí pero que aún no he sacado de la envoltura que la conserva nueva. Lo hago. Paso hojas tras hojas y el libro se convierte en un abanico que sopla. Prosigo hojeando el libro, mientras intento

ojearlo; sin embargo, no es posible, no asíó las diminutas palabras, ni siquiera las más grandes, las que componen el título.

Leo sin leer, sin poder ver todo, sin comprender. La poca luz, mis desgastados ojos, el espacio, el libro, la novela... en cada elemento de ese cuadro que conformamos hay siempre un impedimento para acceder. Es imposible. La impaciencia llega. Dejo el libro en la mesa. De pie, camino hacia un lugar que conozco, suena un clic y se hace la luz. El tenue claro de luna queda eclipsado por la refulgente luz que expulsa el diminuto bombillo. Volteo hacia la mesa y ahí está el libro, una novela junto a un papel traslúcido, arrugado, destrozado.

Kafka



Leo el título y descubro (aunque en realidad rememoro) que este mismo libro lo he tenido al menos diez veces, con la salvedad de que cada vez, era una edición diferente. Era otro aunque fuese el mismo. Cambia la portada, la tipografía usada en el título y la editorial; el nombre y el que la sigue escribiendo permanece inmutable. Leo el inicio, las primeras líneas (que son de mis preferidas) y son las mismas. Se dibuja una sonrisa en mi ceño cómplice, sonrisa equiparable a las lágrimas, la ira, el hastío, el disgusto, el acuerdo y desacuerdo; que algunas veces han acompañado la lectura de esas mismas líneas. Hoy mis líneas favoritas no dicen nada. El libro no dice nada. No obstante, el silencio, esa supuesta nada dice más que cualquier palabra.

Esas mismas primeras líneas que me han dicho tantas cosas, hoy me dicen otras que no puedo comprender del todo.

¿Cambió el libro? ¿Cambié yo? ¿Ambos? ¿Juntos? ¿Nosotros? ¿Al tiempo? Releo las líneas y en lugar de leer lo que está, emergen otras palabras de esa nada que poco entiendo, líneas a

modo de consejo que no aconsejan nada:

Y le voy a dar un consejo, amigo: no crea que se las sabe de todas todas y que puede decir quién es quién. Todos a la larga somos todos, y en cierto infinito mar de las transfiguraciones nos repetimos, con una terca obstinación. De suerte que el 'yo' tarde que temprano se hace usted. (Vallejo, 2008, p.40)

Se hace nosotros...

Lectura (*alteridad y novela*)

Lo que no sabe es si encontrará la paciencia necesaria para leer el libro con el espíritu que pide

Trilogía de Nueva York

Paul Auster

La lectura es un instrumento que nos permite llorar por aquellos que no somos nosotros y no son los nuestros

Susan Sontag

La lectura (*la novela y la relación de alteridad*) va en búsqueda irremediamente de la genialidad, del genio o de lo genial, que no es más que aquello que hace nacer, nacer de nuevo; es lo que nos da a luz o hace que demos. (Se trata

de dar. Dar es siempre dar-se). En busca siempre de la lectura de una novela genial, genital, génesis, genética, ingenua. De repente allí, se situó la tan cacareada transformación. Luego de leer a Kafka dice Stainer que “Quien haya leído La Metamorfosis de Kafka y pueda mirarse impávido al espejo, ese es capaz técnicamente de leer letra impresa, pero es un analfabeto en el Único sentido que cuenta.” (1994, p.26), es decir, si no resultamos paridos como un bicho o un insecto no hallamos lo genial en Kafka (ni en nosotros). Si nos vemos en el espejo y miramos nuestro rostro como un total conocido y nos reconocemos más humanos que nunca, Kafka y su metamorfosis¹ fue una lectura más (o una lectura menos).

Bernardo Soares dijo: “Estoy escribiendo, a fin de cuentas, como fuga y refugio. Evito las ideas. Olvido las expresiones exactas, y ellas se me brillantan en el acto físico de escribir, como si fueran producto de la pluma misma” (Pessoa, 2013, p.33). Inevitable convertir el escribir en leer. La lectura como fuga de... de la actualidad y su vertiginoso tiempo; refugio para... para detenerse. Leer literatura como un arte del demorarse. Nada tiene que ver con la prisa maratónica en que ha devenido la figura de ese lector que llaman competente. No, leer literatura configura un espacio de rebeldía respecto al tiempo. No es el tiempo del correr sino del caminar. Quien camina pone en consonancia cada paso con su respiración y sus latidos, se integra al camino que inventa su andar, se hace uno con el paisaje. Quien camina desafía la aceleración de este tiempo abismal. Quien camina aprende el arte de demorarse, es decir, se hace uno con la respiración y pulsaciones del texto que lee, del texto que él mismo es...

La imagen que se me viene a la cabeza la heredé de un cuento de Andrés Elías Flórez Brúm: La carrera, en él se narra la historia de un hombre cuya vida está cifrada por la prisa;



durante su vida no ha dejado de correr, esta carrera es también su muerte. La prisa, la aceleración, es el signo de nuestro tiempo. Por eso, no hay algo que irrite más al hombre de estos tiempos que la demora. El imperativo está en el ya, en el ahora. El imperativo está en la rapidez, en lo que se haga explícito y expedito. Este imperativo hace corresponder la economía del tiempo con la economía del mercado; acelerar el tiempo de la producción es entrar en sincronía con el tiempo del consumo. No se trata de ahorrar tiempo sino de hacerlo eficaz y efectivo. Más tiempo más producción, bajo la promesa del tan anhelado tiempo de ocio, esto es, tiempo para el consumo. Demorarse nada tiene que ver con los afanes que corren y nos hacen correr a diario. Demorarse nada tiene que ver con esa idea de ocio que un día encarnó dicha palabra. Demorarse es quizá una de las pocas formas de resistencia que aún nos quedan. Demorarse no para consumir, sino para contemplar, para cerrar los ojos; una pausa que

¹ O para concordar con Borges (1983), la transformación.

nos vuelve la atención. Una pausa, una demora que podemos encontrar en la lectura... pues, el tiempo de la lectura es el tiempo de la demora. Leer requiere atención. Requiere hacerse presente en lo que se lee. El tiempo de la lectura en tanto tiempo de la demora se mantiene solo a través de un gesto poético. En otras palabras, el tiempo de la lectura es el tiempo de la tortuga, no el de la liebre.

Solo es posible la lectura donde hay metáfora, donde no todo está dicho en lo dicho. El juego de la metáfora hace de la lectura un acto erótico. En ese recubrimiento y descubrimiento de los pliegues la seducción sostiene el deseo. El deseo es pulsión de vida, tensión hacia el sentido. El sentido que siempre es las posibilidades de dar sentido. La metáfora instauro en el tiempo de la lectura la demora. La demora es trayecto preciso para construir sentido. Y solo se construye sentido cuando hay un otro. Toda lectura es un gesto de alteridad. Leer es una acción que altera. Un gesto que nos otea.

Alteridad (*lectura y novela*)

Yo soy tú cuando soy yo. (Paul Celan)

Yo es otro. (Rimbaud)

Lo otro. Digo lo otro como si supiera qué es. Pronuncio lo otro y lo enmarco, lo limito. Convoco lo otro y lo desvirtúo. Evoco lo otro y lo hago un conocido, un invitado, un sujetado. ¿Dónde (y no es en el discurso) lo otro se nos presenta como lo otro, lo radicalmente otro? ¿Dónde se nos presenta como un intruso? Un intruso que “Se introduce a la fuerza, por sorpresa o engaño, en caso, sin derecho y sin estar previamente admitido.” (Nancy, p.129).

Lo otro es lo extraño, lo que permanece en su extrañeza. Y si acaso eso extraño nos invade, su misterio no toma claridad; por el contrario, nos sume en ella haciéndonos unos extraños para los otros, para nosotros mismos.



En relación con lo otro, se hallan especie de obstáculos (que paradójicamente tampoco son prefijados e inamovibles, pues, también son incomprensibles) que no permiten un acceso total, una comprensión integral, un acercamiento veraz y total, en otras palabras, tener control. El control es una ilusión, sobre todo cuando en frente tenemos lo otro, o mejor dicho, la experiencia con lo otro. Incluso, decir tener en frente a lo otro, es también una ilusión. ¿Quién dice que lo otro sólo está en el ex/terior y no en el in/terior? Pensando y sintiendo radicalmente lo otro, acaso ¿Está trazado con certeza el ex y el in? ¿Hay afuera y adentro de manera separada? El pensamiento platónico y cartesiano (Piedra angular de la moral cristiana) expulsa lo otro (Han, 2017) afuera, para preservar la armonía de adentro, de esa polis que creemos erigida en cada uno, en el mismo, en el yo.

En ese sentido, derridianamente lo otro, o la relación con lo otro, es imposible. Sin embargo esa imposibilidad es todo lo que tenemos para aproximarnos a lo distinto.

Una aproximación a esa experiencia a lo otro (y no lo expreso con certidumbre) es la lectura, particularmente la lectura literaria que es una lectura entre otras. Lectura próxima a la ética, próxima a lo otro; alejada de lo mismo, es decir, de la moral. En palabras de Melich lo ético emerge:

...en una situación en la que uno no puede encontrar a priori una respuesta a la pregunta ¿Qué debo hacer? En otras palabras: no hay ética porque sepamos lo que debemos hacer, sino precisamente porque no lo sabemos, porque no somos capaces de responder con seguridad (de forma clara en términos cartesianos) a la pregunta kantiana ¿Qué debo hacer? No es posible responder por adelantado a una situación ética. Por eso, si hay ética, si la ética tiene sentido, es porque frente a una situación nos quedamos perplejos y nos damos cuenta de que las normas, el marco normativo, nuestra gramática, fracasa radicalmente. (Melich, 2010, p.p.89-90)

En y con las palabras de Melich, la lectura literaria se dilucida de una manera no tan clara como un gesto de alteridad. Nos revelamos como otros, nos rebelamos como otros, nos transformamos en otros; percibimos lo otro sin encasillarlo en categorías imperativas. Al contrario, la alteridad se hace presente a través de la ambigüedad, de lo contradictorio, de lo paradójico, de lo contingente, de lo abierto y de lo múltiple; dinámicas propias de la vida, de una vida que en ocasiones parece olvidada gracias a la lógica que buscamos darle. ¿Qué acontece cuando leemos una novela, un cuento, un aforismo... aquello que consideramos literario? ¿Hallamos una ruta predeterminada que nos lleve a comprensiones eficaces y óptimas de la vida? ¿O encontramos un recetario moral sobre cómo se debe vivir la vida? De repente ese cliché que dice que leer literatura es vivir, sí diga algo. Nos dice que al igual que no entendemos todo lo que

leemos, en cuanto a la vida tampoco entendemos todo lo que acontece en ella.

Resta sólo caminar. La lectura literaria puede que sea eso, dar pasos junto a otros que vamos encontrando en ese camino incierto y sin embargo, nos hacemos compañía, trabajamos cooperativamente mientras hilamos conversaciones, en ocasiones dialécticas y dialógicas (Sennett, 2012), pero la mayoría de las veces, ilógicas.

Quizá, porque la literatura tiene que ver con la vida. Y la vida es lo que no está resuelto, lo que acontece. Por ello, leer literatura es una forma de exposición, es un abrirse a lo que irrumpe y descubrimos en nuestra contingencia. Quizá leer literatura sea una de las formas que hemos hallado para vivir sin vacilaciones nuestra condición ambigua y ambivalente; es decir, asumir nuestra radical alteridad y la alteridad radical de los otros.



Novela (*lectura y alteridad*)

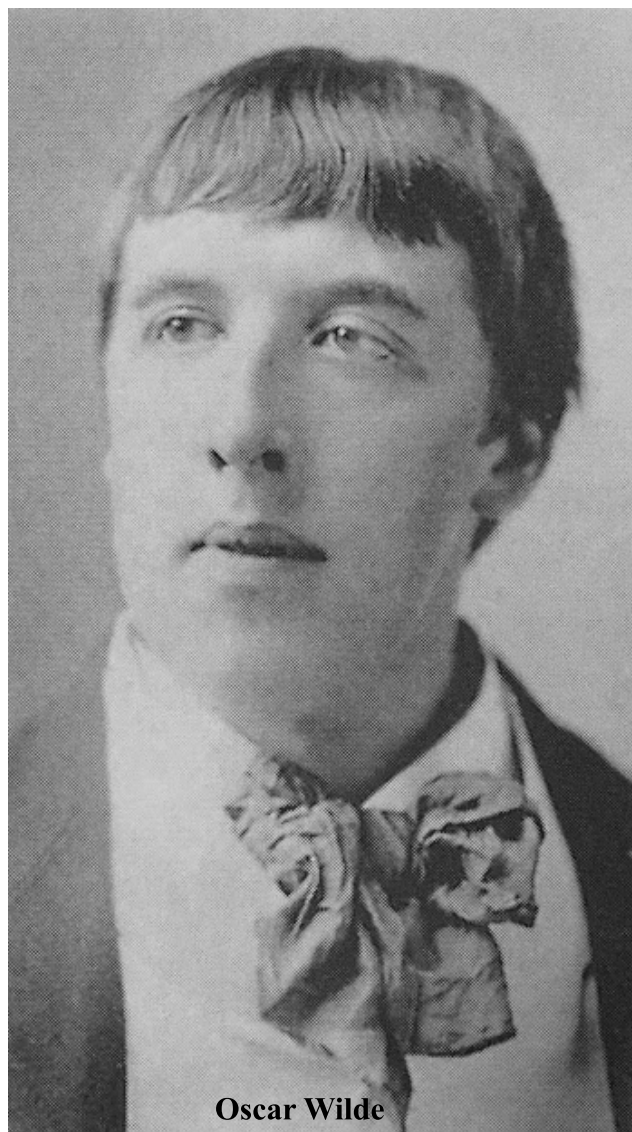
*La novela es más un acto ético que un acto
estético*

Héctor Rojas Herazo

*La única moral de la novela es el conocimiento;
es inmoral aquella novela que no descubre parcela alguna
de la existencia hasta entonces desconocida; así pues:*

llegar al alma de las cosas

Milán Kundera



Oscar Wilde

Sería incauto enunciar que comenzaré este apartado (que apartado no está, sino ligado intrínsecamente) pronunciándome sobre la novela; pues de este intento (este texto, este t(ex)

to) de aproximarme a la lectura, a la alteridad y a la novela, esta última ha estado latente en cada una de las palabras escritas, pensadas y sentidas. Dándole la vuelta al *cogito ergo sum* de Descartes, al sientio luego existo de Kundera, digo más bien: leo novelas mientras siento, pienso y existo.

La novela como género literario, que en otras palabras equivale a decir literatura, es aquello que nos forma (o bien nos deforma), nos dice, nos muestra, nos adentra (o expulsa) a la alteridad radical y nos sitúa marginalmente de la moralidad. En ese sentido, decir que la novela es (solamente) un género es sólo entrar en ese juego de clasificar, ubicar, diseccionar científicamente. Ya lo dijo mefistofélicamente Lord Henry: “Definirse es limitarse” (Wilde, 2010, p.206). Y es eso lo que “encontramos” en la lectura literaria, la lectura literaria de novelas: incertidumbre, ambigüedad, esa cuestión Hamletiana “Ser o no ser” (Shakespeare, 1997, p.206) a la que Cioran contesta “Ni lo uno ni lo otro” (2011, p.88)

Mèlich, retoma “el espíritu literario o narrativo” que es el necesario al leer, al estar en presencia de los acontecimientos de una novela, de la literatura o, siguiendo a Kundera (2007), del arte; un espíritu:

Más atento a los grandes escritores que a los pensadores sistemáticos, un “espíritu” que no tema las contradicciones, las páginas en blanco, los momentos de incertidumbre, los prejuicios biográficos, las situaciones siempre singulares y únicas. Éste espíritu encuentra sus referentes tanto en Heráclito como en la tragedia griega, tanto en Montaigne como en Cervantes y Shakespeare, tanto en Klesit como en Dickens, tanto en Rilke o Canetti como en Kafka o Musil, tanto en Joyce como en Beckett. (Melich, 2010, p.79)

Es decir, un espíritu próximo a la literatura, a la novela que “Nos sirva para comprender la ética de otro modo”. (p.79), la radical alteridad del otro, despojado de moralidad, claridad y prejuicios.



También, para Carlos Fuentes (1995), “La novela nace cuando ya no nos entendemos porque el lenguaje ortodoxo se ha resquebrajado. Imponer un lenguaje unitario es matar a la novela, pero también es matar a la sociedad”. Un lenguaje resquebrajado, heterodoxo, como el que la novela nos revela es aquel lenguaje que quiebra su aparente representación y transparencia, para traducirse (o traslucirse) en refracción. Y como bien lo sabemos, solo es posible la aparición del otro como distinto, en su radical diferencia, a través de los matices, énfasis, tonalidades, de un lenguaje poroso², agrietado, lleno de aristas, hecho de curvaturas, como el que nos ofrece esas sondas morales que llamamos novelas:

“Las novelas son sondas (...). Las enviamos a lugares oscuros o desconocidos; las iluminaciones que nos traen nos permiten un renovado aprendizaje del mundo, de sus complejidades y las nuestras,

de la ambigüedad, multiplicidad e inestabilidad de nuestro carácter. (...) La novela se ha vuelto indispensable para la comprensión de la vida: es la única fuente a la cual podemos dirigirnos para verificar cómo viven los demás su vida entera”. (Vásquez, 2018: 25).

Así, la lectura de novelas es solidaria (toda solidaridad nos altera, nos otea). Gratuitamente nos pone a disposición vidas infinitas que podemos vivirlas como propias.

Cuando leemos novelas no somos los que somos habitualmente, sino también los seres hechizados entre los cuales el novelista nos traslada. El traslado es una metamorfosis: el reducto asfixiante que es nuestra vida real se abre y salimos a ser otros, vivir vicariamente experiencias que la ficción vuelve nuestras. Sueño lúcido, fantasía encarnada, la ficción nos completa, a nosotros, seres mutilados a quienes ha sido impuesta la atroz dicotomía de tener una sola vida y los apetitos y fantasías de desear mil. Ese espacio entre nuestra ida real y los deseos y las fantasías que le exigen ser más rica y diversa es el que ocupan las ficciones. (Vargas Llosa, 2015: 22).

² Para Byung-Chul Han (2017), la expulsión o aniquilación del otro como distinto se da precisamente por el exceso de transparencia, de lisura, de positividad, de lo igual.

Nos revelamos, entonces, como otros, nos rebelamos como otros, nos transformamos en otros; percibimos lo otro sin encasillarlo en categorías imperativas. Al contrario, la alteridad se hace presente a través de la ambigüedad, lo contradictorio, lo paradójico, lo contingente, lo finito, lo abierto y lo múltiple; dinámicas propias de la vida, de una vida que en ocasiones parece olvidada gracias a la lógica que buscamos darle. ¿Qué acontece cuando leemos una novela, un cuento, un aforismo... aquello que consideramos literario? ¿Hallamos una ruta predeterminada que nos lleve a comprensiones eficaces y óptimas de la vida? ¿O encontramos un recetario moral sobre cómo se debe vivir la vida? De repente ese cliché que dice que leer literatura es vivir, sí diga algo. Nos dice que al igual que no entendemos todo lo que leemos, en cuanto a la vida tampoco entendemos todo lo que acontece en ella.

Por eso, volviendo a Melich, él se sitúa en la prosa para aproximarse a la novela; no obstante, la prosa no como técnica narrativa, sino como la vida. “En la prosa, mi vida está implicada en otras vidas. Mi vida no es sólo mía. En la prosa, mi vida necesita apoyo de las de los otros, es una vida inclinada al otro, a su compasión y también a su violencia” (2016, p.38). Prosa como ética,

alteridad, lectura, novela, escritura... como *Vida*.

Vale despedir estos fragmentos, girones de pensamiento, resaltando y recalcando el valor de la lectura de novelas para abrirnos a la alteridad. Que sea un novelista desde su propia experiencia de lectura y escritura el que nos convida a esta aventura (la aventura en tanto viaje de formación es la que nos permite regresar ilesos, siendo los mismos). Apertura:

“Leer una novela significa mirar el mundo a través de los ojos, la mente y el alma de los personajes de la novela. (...) Visto a través de los ojos de los personajes, el mundo de la novela nos parece más próximo y comprensible. Es esta proximidad la que otorga al arte de la novela su poder irresistible. Sin embargo, el foco principal no es la personalidad y la moralidad de los personajes principales, sino la naturaleza del mundo. La vida de los protagonistas, su lugar en el mundo, el modo en que sienten, ven y se relacionan con su mundo: este es el tema de la novela literaria” (Pamuk, 2011: 51-52).

Leer novelas, un gesto solidario, cooperativo, *alterado*. De apertura a la imaginación compasiva³...

³ Valgan las palabras de Compagnon (2008: 57), para corroborar este camino: “Por su parte, la teoría moral analítica y la teoría de las emociones emplean cada vez más textos literarios; esta vez estoy pensando en las investigaciones de nuestros colegas Jacques Bouveresse, sobre Musil, Jon Elster, sobre Stendhal, o Thomas Pavel, sobre la novela; y muchos otros más, tanto aquí como en los Estados Unidos. La lectura de novelas –porque se trata sobre todo de ese género– sirve, dicen ellos, de iniciación moral en Occidente desde dos siglos. Fuente de inspiración, la literatura contribuye al desarrollo de nuestra personalidad, o a nuestra ‘educación sentimental’, como hacían las lecturas devotas entre nuestros antepasados. La literatura permite acceder a una experiencia sensible y a un conocimiento moral que sería difícil, incluso imposible, adquirir en los tratados filosóficos. Contribuye, por lo tanto, de forma insustituible tanto a la ética práctica como a la ética especulativa”.

Referencias bibliográficas

- Auster, P. (2011) *La trilogía de Nueva York*. Anagrama. Barcelona, España.
- Borges, J. L. (1983) *Un sueño eterno*. Periódico El País de España.
- Celan, P. (2008) *Alabanza de la lejanía*. Recuperado de: <http://www.poesiaspoemas.com/paul-celan/alabanza-de-la-lejanía>
- Cioran, E. (2011) *Ese otro maldito yo*. Editorial Sartoris. Buenos Aires. Argentina.
- Compagnon, A. (2008). *¿Para qué sirve la literatura?* Barcelona: Acantilado.
- Han, B. C. (2017) *La expulsión de lo distinto*. Herder editorial. Barcelona, España.
- Dostoieski, F. (2015) *Memorias del subsuelo*. Cátedra Letras universales. Madrid, España.
- Esquirol, J. M. (2015) *La resistencia íntima: Ensayo de una filosofía de la proximidad*. Acantilado. Barcelona, España.
- Flórez Brúm, A. E. (1999) *Los perseguidos y otros cuentos*. Gente Nueva Editorial, Bogotá.
- _____ (2010) *La metamorfosis y otros relatos*. Biblioteca LA Nación. Madrid, España.
- Kundera, M (1986) *El arte de la Novela*. Editorial Busquets. Barcelona, España.
- _____ (1986) *El telón. Ensayo en siete partes*. Editorial Busquets. Barcelona, España.
- Melich, J-C. (2010) *Ética de la compasión*. Herder editorial. Barcelona, España. _____ (2015) *La lectura como plegaria*. Fragmenta editorial. Barcelona, España.
- _____ (2016) *La prosa de la vida*. Fragmenta editorial. Barcelona, España.
- Nancy, J.L. (2001) *El intruso*. Nombres: Revista de filosofía. Núm.16. Año 2001.
- Nietzsche, F. (1979) *Así habló Zaratustra*. Biblioteca contemporánea. Clásicos Best-sellers. Madrid, España.
- Pamuk, O. (2011). *El novelista ingenuo y el sentimental*. Barcelona: Mondadori.
- Pessoa, F. (2013) *El libro del desasosiego*. Acantilado. Barcelona, España.
- Rimbaud, A. (1995) *Iluminaciones y Cartas del vidente*. Hiperion.
- Stainer, G. (1994) *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. Gedisa. Barcelona, España.
- Sennett, R. (2012) *Juntos*. Anagrama. Barcelona, España,
- Sontag, S. (2017) *Kafka sobre la lectura*. Recuperado de: <https://www.culturamas.es/blog/2017/03/02/kafka-sobre-la-lectura-un-libro-debe-ser-el-hacha-que-rompa-el-mar-helado-dentro-de-nosotros/>
- Vallejo, F. (2008) *Los días azules*. Alfaguara. Bogotá, Colombia.
- _____ (2008) *El fuego secreto*. Alfaguara. Bogotá, Colombia.
- Vargas Llosa, M. (2015). *La verdad de las mentiras*. Colombia: Debolsillo.
- Vásquez, J. G. (2018). *Viajes con un mapa en blanco*. Bogotá: Alfaguara.
- Wilde, O. (2010) *El retrato de Dorian Grey*. Editores mexicanos unidos, México.